

Escribir sobre Cartago es escribir sobre evocación, sobre memoria ancestral, sobre sugestión por un mundo perdido para siempre. La visita a los restos de la ciudad fundada mitológicamente por Dido, y que fue reina y señora del Mediterráneo Occidental, requiere aplicar grandes dosis de imaginación.

CARTAGO: LA CIUDAD DE LOS FENICIOS DISIDENTES

PAJAROS Y RUINAS

La Avenida Bourghiba de Túnez es lo mas parecido a las ramblas barcelonesas que puede encontrarse en el mundo árabe. Un gran paseo arbolado central, donde anidan



millones de pájaros, divide dos amplias calzadas para automóviles. Durante todo el día, el tráfico intenso y la acumulación de gente apresurada satura de bocinas de automóviles y palabras en árabe y francés el ambiente ciudadano. Las innumerables pastelerías -toda una institución en Túnez- expenden por

un precio ridículo infinitos "croissants" y bocadillos repletos de los mas inimaginables complementos, ambos regados con zumo de naranja recién exprimido e insípido café con leche.

Al caer la tarde, exactamente a las 17:30 horas, regresan los habitantes de los árboles de la Avenida. Con un griterío ensordecedor, los pájaros oscurecen la ya de por sí lánguida luz del atardecer, viajando de rama en rama, visitándose y relatándose las vivencias del día, y sembrando el suelo y los coches aparcados de montañas de detritus blanquecinos. Es todo un espectáculo que, desde el interior de las acondicionadas habitaciones de los hoteles de la Avenida Bourghiba, puede no verse, pero se siente, se escucha, se percibe su presencia opresiva.

Y algo similar ocurre con las ruinas de Cartago, muy próximas a la capital de Tunicia: los restos de la ciudad púnica y, posteriormente romana, son difíciles de asumir, de comprender, de interpretar. Se hayan diseminados a lo largo de una decena de

kilómetros. Son extraordinariamente fragmentarios e incompletos, de forma que resulta difícil asimilar la vida que contuvieron. Pero el poder de evocación que de todo ello emana alcanza cotas elevadísimas. Y la presencia viva del espíritu que brota del extenso campo de ruinas es fácilmente reconocible para cualquier viajero que las visite.

ENTRE EL AMOR Y EL ODIO

La sugestión que, al menos para los estudiantes de mi tiempo, ejercían los cartagineses, se apodera de la mente del visitante recorriendo los escasos enclaves aún visibles. Esa mezcla de amor y odio, de recuerdos teñidos de crueldad y cobardía de los "diez mil" que formaban la clase dirigente de la ciudad, o de la suprema valentía e inteligencia de Aníbal, el general vencido sólo por la estupidez de sus conciudadanos, planea a su alrededor durante la visita.

Dice Gerhard Herm que "el nombre de Cartago aparece todavía nimbado con brillo tétrico; no evoca asociaciones agradables y seguimos mirando aquella ciudad como la miraron sus enemigos mortales de antaño, los griegos y los romanos. Los primeros la odiaron, abominaron y difamaron, y los segundos no se limitaron a seguir su ejemplo, sino que la borraron literalmente de la faz de la tierra". Eso hace que la imagen que ofrece Cartago en la actualidad esté deformada, aparezca fragmentaria y escasa, y la búsqueda de restos púnicos significativos se convierta en una dolorosa labor imposible.

UN COMIENZO MUY FENICIO

En los relatos de su fundación, como ocurre con todas las ciudades legendarias, se mezcla a partes iguales mito e historia. Entre una y otra, se



obtiene un relato de amores y desamores cuyo resultado es la creación de Cartago.

La hermosa Dido cantada por Virgilio -Elisa, para historiadores como Josefo-, una joven tiria enamorada a rabiar de su esposo Sicarbas, huyó con todos sus tesoros y un

grupo de fieles acompañantes de la tutela de su padre, Pigmalión, después de que éste mandara asesinar a Sicarbas. En un accidentado periplo, con escala en Chipre, donde embarcaron con Dido y sus muchachos ochenta vírgenes chipriotas para regocijo de éstos últimos, doblaron la Península del Cabo Bon y desembarcaron en el Golfo de Túnez. El lugar contaba con todos los ingredientes que motivaban a los fenicios: una playa recogida, espacio llano suficiente para extender su influencia, grandes elevaciones que protegían su retaguardia y una bahía resguardada. Las negociaciones con los nativos maxitanos, propietarios a la sazón de la tierra donde desembarcaron los tirios fugitivos, dieron como resultado la concesión de una zona costera de una extensión tal que pudiera ser circunscrita por la piel de un buey. Eso, que no parece gran cosa para asentar una ciudad, en la imaginación fenicia de Dido, se convirtió en una extensa superficie, merced a la división del pellejo del animal en finísimas tiras: Puestas en sucesión cubrían gran parte del Golfo de Túnez, desde las cercanías de Sidi Bu Said, hasta el actual barrio de Salambo.

Luego vino la expansión, la organización del comercio y, con ellos, los problemas fronterizos. Y, precisamente, el primero de esos problemas tuvo lugar con la mas cercana colonia fenicia de la zona: Utica.

Nuevamente la leyenda se mezcla con la historia hasta hacerse indistinguibles. El rey de Utica vio en Dido su ideal de belleza. Se enamoró de su vecina del Este,



amenazando con arrasar a los recién llegados si no se casaba con él. No parece que sea esa la fórmula ideal para conquistar a una mujer, y Dido no se encontraba inclinada a aceptar las pretensiones del púnico, manteniéndose fiel a la memoria del difunto Sicarbas.

Pero tampoco podía arriesgar la existencia misma de la ciudad, así que, en un trágico episodio de esos que tanto gustan de cantar los poetas griegos y romanos, se arrojó a una hoguera, muriendo por su pueblo y chasqueando de paso a su vecino.

La realidad, claro está, puede ser muy distinta. Lo mas probable es que, un grupo

de tirios emprendedores o cansados de la presión de la metrópoli, alcanzase la costa tunecina y pusiera en marcha una nueva estrategia comercial, centrada en la atención a las vecinas costas sicilianas, itálicas e hispanas. Eso no debió hacer mucha gracia a la gente de Utica, ciudad dependiente de Tiro, y se produjeron distintos escarceos belicosos que acabaron convenciéndoles de la voluntad de los cartagineses por mantenerse en aquel lugar.

COMPLICADA VISITA

Sea como sea, la visita a las ruinas puede comenzarse por cualquier lugar; entre otras cosas, porque están tan dispersas que no hay forma de obtener una visión de conjunto.

Mi opción es siempre los puertos cartagineses. Por dos razones: Primero, porque están muy cerca de la parada Cartago-Salambo del TGM, y, segundo, porque, en un edificio situado entre ellos, se exhiben unas buenas maquetas del aspecto que presentaban en la época romana y púnica.

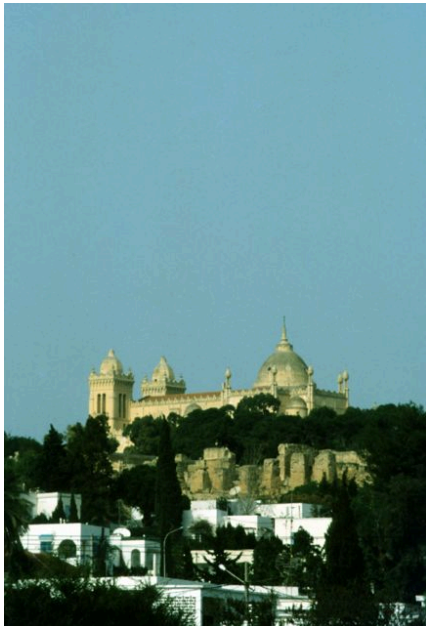
Los puertos de la ciudad, el militar y el mercantil, son hoy apenas dos pequeñas y románticas lagunas... En medio del militar subsiste la isla que, en el periodo púnico, estuvo llena de gradas cubiertas para cobijar a los navíos de guerra y, luego, sobre sus basamentos,

construyeron los romanos un templo y un foro. La contemplación de una de esas gradas, apenas distinguible, puede mantener al visitante diez minutos (o veinte siglos) en reverente silencio.



Luego están las villas romanas y las termas de Antonino y los restos púnicos de la Colina de Byrsa. De todo ello, impresiona de modo muy especial ésta última. Porque la Colina de Byrsa domina todo el espacio arqueológico que ocupó Cartago y es el único

lugar donde la presencia cartaginesa aún conserva la potencia de su esplendor. Los barrios púnicos que contenía fueron, como todo el resto de la ciudad, reducidos a escombros por los romanos. Incluso los cimientos fueron utilizados como base para explanar la cima de la colina y construir templo, capitolio y foro. Pero tampoco queda casi nada



reconocible de ellos, puesto que,



en época bizantina, se construyó una basílica -ésta aún en pié, de momento- sobre los edificios romanos.

Pero el afán destructivo romano por todo lo que olierá a cartaginés, permite, sin embargo, contemplar hoy, gracias a las sistemáticas excavaciones llevadas a cabo, las bases sobre las que se erguían los edificios púnicos que cubrían la ladera de la colina. Recorriendo las inmensas moles de piedra y argamasa es simple dejarse

seducir por su fuerza e imaginar cómo, en ese remoto pasado, se extendían las edificaciones hasta cubrir completamente la ladera. Restos de conducciones de agua y fecales son también visibles y denotan la existencia de una preocupación especial de sus moradores por la evacuación y suministro de una pobladísima ciudad, con casas de hasta seis pisos de altura.

Restos púnicos, romanos e iglesia bizantina no es todo lo que contiene de interés la Colina de Byrsa. Con bastante buen gusto, se ha edificado un Museo, íntegramente dedicado a Cartago, donde se exponen los restos encontrados en la ciudad. La disposición temática, las excelentes maquetas que contiene, la explicación exhaustiva de los medios científicos utilizados para la investigación de la ciudad y la exhibición diáfana de un contenido realmente impresionante, hacen de este Museo una visita imprescindible.

Muy cerca de los puertos púnicos puede concluirse la visita a Cartago. Una pequeña verja aísla del exterior el santuario de la diosa Tanit y del dios Baal Hammon, el Tophet, el lugar donde se sacrificaban los hijos de las familias aristocráticas cartaginesas. Allí son pequeñas tumbas para contener cenizas infantiles... Y, quizás, el rastro de lágrimas que

anegaba el barrio oriental de Cartago y que cantó Flaubert: Salambo.

Se deja Cartago
como permaneció por
todo un milenio: mirando
al mar, volcada en un
Mediterraneo por cuyo
control se despedazaron
cartagineses y romanos.

Y bien a la vista
queda que la ciudad
púnica se niega a morir,
se resiste al olvido,
permanece en nuestra
cualidad de mediterráneos.

Antonio Fuster Juárez.



INFORMACIONES PRACTICAS

COMO LLEGAR:

Tanto Iberia como Tunis Air tienen vuelos directos a Túnez. Las salidas se realizan desde Barcelona y Madrid.

Si intentas llegar con tu automóvil hasta Tunicia, las opciones pasan por cruzar Marruecos y Argelia (muy complicado) o embarcarse en un Ferry en Génova, Marsella o Trápani que te dejarán cómodamente en la Capital. Si decides tomar el Ferry, haz tu reserva con mucha antelación: En verano van atestados.

Una vez en Túnez, olvídate del coche para visitar Cartago y utiliza los servicios del TGM, un tren ligero que tiene parada en todos los lugares interesantes. La Estación Término se encuentra al final de la Avenida Bourghiba.

FORMALIDADES ADUANERAS TUNECINAS:

Este es el país de acceso mas sencillo de todo el Norte de Africa. Ni visados, ni trópticos ni condiciones especiales se requieren: Simplemente presenta tu Pasaporte y te abrirán de par en par las puertas del país.

En ese mismo sentido, la policías aduaneros y los otros suelen ser extremadamente amables y poco exigentes.

En el puerto de Túnez encontrarás -como siempre en los países árabes- quien se ofrezca a ayudarte en los trámites de entrada o salida al País. Aquí no es tan necesario como en otros lugares, pero tampoco la tarifa es para dejar pobre a nadie. Así que, si quieres dejarte conducir, recuerda: "bacshis" (propina) obligatoria... Pero no entregues mas del equivalente a 2 o 3 euros. Se malacostumbran.

DISPONIBILIDADES HOTELERAS:

Puesto que Túnez y Cartago están a un tiro de piedra, puede resultarte conveniente residir en la Capital. La oferta hotelera es larguísima. En la misma Av. Bourghiba tienes dos hoteles de lujo: el International y el Africa (uno de los mas famosos del Magreb), y, en los alrededores, unos cuantos mas. Pero si no te gusta la horrenda estructura blanquiazul del Hotel Africa o no puedes pagarlo, justo en la otra acera tienes el Excel: buen precio y personal agradable. El hecho de que no cuente con restaurante no es problema: Justo al lado del Hotel, encontrarás el Restaurante Bagdad. Entre y pídale al "metre" mofletudo y vestido de negro un Cous-cous de pescado. Será un encuentro en la tercera fase que me agradecerás eternamente (Un poco picante, eso sí). Y, cuando termines, riégalo con un té con piñones. La música melancólica tunecina, en directo, harán el resto.

Pero, si quieres aceptarme un consejo, date el placer de alojarte en el Hotel Reine Elyssa Didon, en la misma Colina de Byrsa, en Cartago. El hotel es de decadente y rancia decoración, aunque limpio y perfectamente cuidado, pero la vista desde las habitaciones es inaudita: A sus pies quedará todo el parque arqueológico cartaginés, los puertos púnicos y el golfo de Túnez, hasta la Península del Cabo Bon... ¡Qué te voy a decir! Con la luz del atardecer y, sobre todo, del amanecer, gozarás de un panorama que no olvidarás fácilmente